

Manfred Nitsch¹

La teoría del desarrollo bajo condiciones de inseguridad

El riesgo en las inversiones como motor y fuente de distorsión para el desarrollo

in: Thiel, Reinold E. (ed.): Teoría del desarrollo. Nuevos enfoques y problemas, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 2001, pp. 101-107 (con pequeñas correcciones por el autor).

1. Sobre la configuración teórica

La teoría del desarrollo ha perdido las certezas. Como consecuencia ha surgido una situación poco clara, en la cual la “teoría” es dada unas veces por muerta y otras se considera indispensable. El siguiente aporte debería continuar con la discusión sobre cooperación y desarrollo, bajo el aspecto fácilmente obviado de la *inseguridad* - en el sentido de la teoría económica, o sea como concepto general para el *riesgo* (asegurable) y la *incertidumbre* (no asegurable por no estar sometido a la ley de los grandes números).

En la formación de la teoría y de los modelos se trata, sin duda, siempre de poner énfasis sobre algunas características esenciales del objeto de la investigación y abstraerlas de todas las demás. Surge así el respectivo y diferente *paradigma* que en la tan bellamente denominada *ciencia normal* y también en la práctica, se refina, aplica y diferencia, de manera que sus acentos analíticos fundamentales y sus limitaciones no son echados por la borda por sus partidarios, así como tampoco pierden sus implicaciones y orientaciones pragmático-políticas.

¹ Catedrático de Ciencias Económicas y de Economía Política de América Latina de la Facultad de Ciencias Económicas y del Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín.

Poner en el centro de la formación teórica la inseguridad significa algo más que “prestarle también atención”, significa un verdadero cambio de paradigmas, alejado del ideal científico de Newton.

2.- Las promesas de las “grandes teorías”

La “gran teoría” siempre significó que el concepto *analítico* para el estudio del ser se podía aplicar también de manera *normativa* como recomendación para el deber ser: la época del consumo de masas con un elevado nivel de bienestar parecía alcanzable con mucha probabilidad, con tan solo sacar las conclusiones lógicas de la teoría. Según la teoría de la modernización en sentido amplio, que incluye a la teoría económica neoclásica de crecimiento y la economía internacional, la economía de mercado, la liberalización, el libre comercio y una limitación de la intervención estatal a la infraestructura, la formación y la sanidad, así como una cierta seguridad social, unidas a la democracia y la garantía del derecho y del orden, prometían un proceso de recuperación hasta alcanzar incluso el nivel de vida de los países industrializados.

Por otro lado, las teorías de las asimetrías internacionales, ya sean la teoría de la dependencia, del imperialismo, de la autoayuda, el cepalismo o las otras especies de la teoría del desarrollo, que enfocaban las asimetrías de poder y de jerarquía, en el fondo sugirieron *también* que existían caminos seguros hacia la meta de la sociedad moderna de consumo de masas, siempre que se hiciera realidad el “nuevo orden económico internacional”, la revolución social, la expansión del mercado interior por medio de la reforma agraria y/o otros cambios estructurales.

Entre tanto, ambas teorías han perdido su carácter optimista y prometedor, y con ello su ímpetu para inspirar la política económica y de desarrollo. Y será esta pérdida la que en último término provocará que se pueda hablar, con todo derecho, del final de las grandes teorías.

Como las teorías no se forman en el vacío, ni en él son aceptadas o rechazadas, sino que de alguna manera reflejan el espíritu de la época, podemos aventurar la tesis de que la curva exponencial del crecimiento económico ilimitado fue conforme, como paradigma,

con los sentimientos y las experiencias vitales de la generación de la posguerra, nacida entre 1936 y 1943. Precisamente, más que ninguna otra generación en la historia de la humanidad, esta generación ha vivido aceleradamente en la Alemania “surgida de las ruinas”; y que como “generación del 68” quiso hacer partícipe de esta libertad y bienestar, al resto del mundo y estuvo dispuesta a luchar por ello.

3.- Las nuevas diferenciaciones de la teoría del desarrollo

Con la primera crisis del petróleo de 1973 desapareció la fe ingenua en la asimilación y en el incremento de los ingresos para todos los habitantes del planeta. La generación que siguió a la de los universitarios, que marcaron el ritmo, ya no tenía su conciencia marcada por una curva exponencial de crecimiento, sino por la monotonía de un aburrido bienestar, por los baches de las rupturas y períodos de inactividad, tanto en la vida privada como en la profesional, y por la divergencia entre carrera y desempleo, y en todo caso más por las promesas políticas y mucho menos por las económicas de una nueva “casa europea” en la “aldea global”. Además, los problemas ecológicos y sus manifestaciones a escala de conferencias, pasaron a primer plano, lo que culminó en la Conferencia de Río de 1992 y las que la siguieron, centradas en el clima, invadiendo la conciencia y la formación de teorías.

La diferenciación entre las teorías de desarrollo se realizó, en primer término, en el marco de una “nueva complejidad” (Habermas¹), sin estructura visible, de tal manera que pudo llegar a hablarse del “final de la teoría del desarrollo”. Sin embargo, si se intenta encontrar un modelo, desde la perspectiva de hoy, se podría mantener la tesis de que las dos “grandes teorías” se han acercado y han entrado en combinaciones, tanto positivas como negativas, pero que ambas vías y las que las han sucedido, así como sus híbridos, todavía no han encontrado una solución para los problemas de la ecología y de la inseguridad.

4.- La corriente dominante de la teoría del desarrollo

Según el viejo dicho de la generación del 68, de que la opinión dominante es la opinión de los dominadores y según la sabiduría de Keynes², en el último párrafo de su “Teoría general”, de que “los prácticos que se creen completamente libres de influencias intelectuales... son habitualmente esclavos de algún economista difunto”, se puede constatar que la economía neoclásica sobre el crecimiento y el comercio exterior y regional no toma ya, aproximadamente desde 1986, como modelo de referencia el equilibrio global general que hasta entonces había sido su vara para medir el mundo.

El así llamado teorema Heckscher/Ohlin/Samuelson de la igualdad de los precios factoriales, incluidos los salarios, en todo el mundo, en virtud del libre comercio y sin migración, fue desde su primera formulación por Samuelson en 1949, uno de los pilares fundamentales del pensamiento económico de la “corriente dominante” (*mainstream*), como también lo fue el esquema de fases de Rostow³, con sus “estadios del crecimiento económico” de 1960, en el ámbito de la historia contemporánea, la sociología y politología. El “Manifiesto no-comunista” (según su subtítulo) de Rostow, también había prometido para todos un desarrollo que alcanzaría al de los países industrializados en el estadio final de la “sociedad de consumo de masas”.

Es interesante el hecho de que los artículos que se publicaron poco después de la llegada al poder de Gorbachov sean consideradas las contribuciones pioneras para la teoría neoclásica de crecimiento y comercio exterior, que se saludó como “nueva”. Naturalmente, también hubo antes una gran cantidad de trabajos científicos que pusieron sobre el tapete las economías de escala, es decir, las ventajas de la producción de masas y con ello el dominio de los mercados por unas pocas empresas o países. Asimismo el capital humano, que se descubrió como “nuevo”, fue ya el tema preferido en los años 60, y desde entonces, reiteradamente, de los teóricos y prácticos del crecimiento y el desarrollo. Y finalmente se introdujeron ahora como “nuevos”, en los manuales, los conceptos de la “trampa de la pobreza” y “equilibrio múltiple” entre desarrollo y subdesarrollo, que habían sido agriamente combatidos por la “corriente dominante” durante los años 60 y 70 y que en realidad constituyeron un diagnóstico de los partidarios de la dependencia.

Más vale tarde que nunca, se podría decir sobre estos progresos en la comprensión sino dejaran un regusto de oportunismo, porque con la Guerra Fría se enterró también la promesa de la teoría y la política occidental dominante de que la radical liberalización llevaría al bienestar de todos los seres humanos. Y con ello, finalmente, también se ha librado a sus protagonistas de la obligación “occidental” de justificarse apoyando a los países en desarrollo al menos en lo que se refiere a las preferencias comerciales generalizadas y en la ayuda al desarrollo, si la receta de la liberalización no promete ya, ni siquiera en su teoría, la salvación.

5.- El keynesianismo monetario como alternativa

La teoría monetaria de desarrollo⁴ de Waltraud Schelke (presentada en este volumen), que se basa en Keynes, Schumpeter y Riese, ofrece en este aspecto un progreso fundamental frente a la teoría neoclásica y la escuela de la dependencia, poniendo la inseguridad y el no-determinismo sobre el futuro en el centro de su paradigma: el dinero ya no es un mero medio de intercambio en las transacciones del presente, sino que también y precisamente es un medio de pago para cumplir con las obligaciones de crédito, que interconectan el pasado, el presente y el incierto futuro. De este modo, resulta de decisiva importancia en qué moneda se han contraído estos contratos de crédito - con lo que la jerarquía entre las monedas pasa al centro de las reflexiones sobre el crecimiento.

Las monedas fuertes son aquéllas que tienen un interés nominal y real bajo y un alta tasa de rendimiento no pecuniaria (debido a la expectativa de una revaluación), mientras que en los países con moneda débil hay que contar siempre con una devaluación y, por tanto, la tasa de rendimiento pecuniaria (el interés) se establece en un nivel alto. El propietario de patrimonio que opera globalmente, sin importar si vive en un país industrializado o en desarrollo, exige una alta tasa de interés real y/o de ganancia, porque a la hora de financiar una empresa que opera en los mercados nacionales, lo hace en moneda nacional, siempre bajo la sombra de la devaluación.

En el país de moneda fuerte se genera un proceso acumulativo en el cual es posible financiar las inversiones de forma prolongadamente barata, mientras que en el de moneda débil - dadas las condiciones de mercado - el interés es alto, encarece las inversiones y frena por ello el crecimiento y el desarrollo económico.

Se malentendería esta teoría si se interpretara como una dicotomía; se trata de una jerarquía y de un “escalar la pirámide”, no de polarización y menos todavía de fatalismo. Por lo tanto, las conclusiones para la política de desarrollo atravesarían los compartimentos habituales: el concepto exige hacer la moneda más fuerte - como proponen también los monetaristas de la corriente dominante, mediante la disciplina fiscal, - pero también, al contrario de aquélla, mediante la reducción de los superávits de importación y, en lo posible, mediante superávits en la exportación, lo que exige el establecimiento de un sector financiero que funcione correctamente, un “buen gobierno” y un Estado de Derecho, tal como lo exige igualmente la corriente principal.

La idea típicamente keynesiana del equilibrio del mercado con subempleo, implica la responsabilidad estatal y la preocupación por aquéllos que, entanto desempleados o empleados en la economía familiar fuera de las relaciones salariales normales, no se encuentran integrados en la división social del trabajo específica de la economía monetaria. El equilibrio con subempleo se explica aquí - al contrario que en la corriente principal - como posible y probable *porque* los propietarios de patrimonio no van a estar dispuestos, debido al riesgo de perderlo en un futuro incierto, a financiar la producción de las empresas.

Es entonces el propietario de la patrimonio quien en su propio nombre y derecho o a través de su *agente*, poseedor, intermediador y administrador (es decir, el banco), asume el papel soberano de la economía en el capitalismo, y no, como lo afirma la teoría neoclásica, el consumidor.

La teoría del desarrollo de la economía monetaria se une así al debate sobre las “instituciones” en el proceso de desarrollo, porque la división social del trabajo, en las sociedades capitalistas es tratada como altamente precaria y lábil. *No* se trata, como en el paradigma de la teoría neoclásica, de una división social del trabajo entre socios actuales en el intercambio, sino entre acreedores y deudores

acerca de sus expectativas referidas a un futuro, por principio inseguro, en lo que afecta al numerario, es decir, a la moneda en la cual deben obligarse.

Para generar y estabilizar la “confianza”, como aglutinante del conjunto de la sociedad, las “instituciones” constituyen el presupuesto indispensable. La verdad de este lugar común se comprueba con más evidencia cuando retrocede súbitamente, p. ej. cuando los “créditos sobre-vencidos” salen a la luz, que cuando se va formando gradualmente. Justamente por ello, en los tiempos de crisis, se pone más de manifiesto el dominio de la esfera monetaria sobre la de la economía real y por esta razón las teorías económicas sobre el desarrollo, así como aquéllas sobre las crisis o el subdesarrollo, resultan poco convincentes cuando modelan la esfera monetaria en el sentido clásico-neoclásico, a modo de “velo” sobre la economía verdaderamente importante, la real.

6.- La teoría de desarrollo más allá de la teoría económica

En toda sociedad capitalista moderna “la economía de la sociedad” (Luhmann⁵) es un sistema parcial en el que solamente cuenta este código binario: “puede pagar - no puede pagar”. Frente a la naturaleza en sentido propio, no sólo la economía moderna, sino la sociedad en general se muestran ciegas y sordas⁶. Es necesario traducir la situación del medio ambiente natural a la comunicación social para que encuentre “resonancia”.

La sostenibilidad y las posibilidades de futuro, teniendo en cuenta la limitación de los recursos naturales del planeta, no pueden ya garantizarse con tabúes y mitos, que tampoco aseguraron en tiempos pasados un correcto comportamiento ecológico, aunque al menos alimentaron una falsa certidumbre, sino que los proyectos de futuro y la relación con la naturaleza han de ser arduamente construidos y llevados a cabo por la sociedad. Ello es válido tanto para los países industrializados como para los en vías de desarrollo, lo que hace que el concepto de “desarrollo” se aplique ahora, con mejor sentido, globalmente y no únicamente a los “subdesarrollados”.

La economía monetaria en el sentido de una división social del trabajo, basada en la relación monetaria entre acreedores y deudo-

res, ha de entenderse en el sentido de que la curva exponencial de la regla del interés compuesto se convierte en un principio constitutivo de la sociedad, mientras que la naturaleza – con la excepción del insumo neto de la energía solar - sigue las leyes de circulación, entropía y de la vida y la muerte. ¿Se trata entonces, con la economía monetaria moderna, de un pacto con el diablo, a la manera en que Binswanger interpreta el “Fausto” de Goethe⁷? En todo caso, la modernidad se caracteriza por la incertidumbre sobre el desenlace, feliz o desgraciado, del experimento de su proyecto.

7.- La teoría del desarrollo y la responsabilidad sobre el futuro

Para la discusión teórica sobre el desarrollo, ello significa que el agnosticismo del “no poder saber por principio”, así como las profecías y las expectativas del paraíso terrenal o de un cercano apocalipsis, se colocan en el centro del nuevo paradigma. Cuando se abandona la ilusión de que es posible prever el futuro, el discurso sobre el desarrollo y la modernización se vuelve “reflexivo”⁸. La moderna teoría de los juegos proporciona, bajo el lema “inducción hacia atrás”, una importante lección, pues aclara la responsabilidad de los intelectuales en su relación con un incierto futuro:

Cuando se establece una cadena de cooperación entre dos o más jugadores y se hace un movimiento detrás de otro sin limitación temporal, asumen aquéllos ciertos costos y limitaciones, a fin de que los otros también cooperen y observen las reglas del juego en la próxima ronda. Empero, se distorsiona o se imposibilita desde el principio el establecimiento de esta confianza cuando se limita el número de casos en los que se coopera.

Un ejemplo tomado de la práctica de la política de desarrollo lo muestra: si la gestión de un fondo rotativo de créditos establece la regla de que los solicitantes pueden pedirlo, como máximo, tres veces, a fin de poder llegar a un mayor número de miembros del grupo destinatario, esta regla es una fuerte tentación para no devolver el tercer préstamo. Por eso, el solicitante no llega siquiera a recibir este préstamo, lo que hace que el segundo, e incluso el primer préstamo, se vuelvan problemáticos. De manera que la regla, que a

primera vista parece plausible, vuelve imposible *a priori* el establecimiento de un fondo viable de rotación.

Si lo trasladamos a la teoría de desarrollo, la insistencia sobre, p. ej., un incierto límite de aproximadamente 40 años para el agotamiento de las reservas petrolíferas conduce con facilidad a que se intensifique la lucha por los yacimientos. Hay que tener en cuenta que las reservas petrolíferas del planeta son indudablemente agotables, pero que, por otro lado, en el siglo XIX, cuando se construyeron las redes ferroviarias, las reservas de carbón estimadas nunca alcanzaban para más de 40 años. Si en aquel entonces no se hubiera prescindido de ello, teniendo en cuenta la inseguridad que tienen siempre estas estimaciones, tal vez nos encontraríamos todavía hoy en la época de los carruajes.

Como filósofo que se ocupa también de la ética, Jonas ha resumido en un punto el dilema entre alarmismo y pasividad: “El fatalismo sería el pecado mortal del momento actual”⁹. Y según un dicho que se remonta a Lutero, “todavía hoy plantaría un manzano” aunque supiera que el mundo se ha de hundir mañana,. ¡Qué pálida queda, frente a tales palabras la “inducción hacia atrás”!, - incluso si la conclusión es la misma.

- ¹ Jürgen Habermas: Die neue Unübersichtlichkeit. Francfort/Meno, Suhrkamp, 1985
- ² John Maynard Keynes (1936): Allgemeine Theorie der Beschäftigung, des Zinses und des Geldes. Berlin 1974
- ³ Walt W. Rostow (1960): Stadien wirtschaftlichen Wachstums. Göttingen 1961
- ⁴ Waltraud Schelkle: Die Theorie der geldwirtschaftlichen Entwicklung, en: E+Z 1995:10, pág. 267- 270 (en este volumen)
- ⁵ Niklas Luhmann: Die Wirtschaft der Gesellschaft. Francfort/Meno, Suhrkamp 1988
- ⁶ Idem: Ökologische Kommunikation. Kann die moderne Gesellschaft sich auf ökologische Gefährdungen einstellen? Opladen, Westdeutscher Verlag, 2. Auflage, 1988
- ⁷ Hans-Christoph Binswanger: Geld und Magie. Deutung und Kritik der modernen Geldwirtschaft anhand von Goethes Faust, Stuttgart-Wien 1985
- ⁸ Ulrich Beck, Anthony Giddens, Scott Lash: Reflexive Modernisierung. Eine Kontroverse. Francfort/Meno, Suhrkamp 1996
- ⁹ Hans Jonas: Fatalismus wäre Todsünde. Ansprache des Ehrendoktors, in: Dietrich Böhler / Rudi Neuberth (Hg.): Herausforderung Zukunftsverantwortung. Hans Jonas zu Ehren. Münster – Hamburg: Lit, 1992, pag. 49-51

2

3

4

5

6

7

8

9